

La Sal de la Tierra y la Luz del Mundo

“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. **14** Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. **15** Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. **16** Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” (Mateo 5:13-16)

Cuando Jesús llamó a Sus discípulos “la sal de la tierra” y “la luz del mundo”, no les estaba otorgando un título honorífico, sino una responsabilidad. Estas dos ilustraciones describen el propósito que todo cristiano debe cumplir en un mundo que se encuentra corrompido por el pecado y oscurecido por el error.

La “sal” era muy valiosa en la antigüedad. Se utilizaba para preservar los alimentos, impedir la corrupción y dar sabor. De la misma manera, los discípulos de Cristo están llamados a ejercer una influencia que preserve los principios de Dios en medio de una sociedad moralmente deteriorada. Nuestra presencia debe frenar la corrupción espiritual mediante una vida santa, una conducta íntegra y una fidelidad inquebrantable a la verdad. Sin embargo, Jesús también advierte que si la sal pierde su sabor, deja de cumplir su propósito. Un cristiano que compromete la verdad, se conforma al mundo o abandona su identidad espiritual pierde la influencia que Dios desea que tenga.

La “luz”, por otra parte, no existe para sí misma. Su propósito es disipar las tinieblas y mostrar el camino. Jesús es la verdadera luz del mundo (**Juan 8:12**), y quienes le siguen reflejan esa luz mediante sus palabras, su ejemplo y sus buenas obras. Vivimos en un mundo lleno de confusión, desesperanza y pecado; por ello, Dios espera que Su pueblo brille con un carácter transformado, mostrando la diferencia que produce el evangelio en la vida de una persona.

Es significativo que Jesús diga: “**Así alumbre vuestra luz delante de los hombres**”. Él no nos llama a buscar reconocimiento personal ni a hacer buenas obras para recibir aplausos. El propósito es completamente distinto: “**para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.**” Toda buena obra, todo acto de amor, toda palabra de verdad y toda vida de fidelidad debe dirigir la atención hacia Dios y no hacia nosotros.

La pregunta no es si somos sal y luz, porque Jesús afirma que lo somos como Sus discípulos. La verdadera pregunta es: **¿Estamos cumpliendo nuestro propósito?**

¿Está nuestra vida preservando la verdad donde vivimos? ¿Estamos iluminando con nuestro ejemplo a nuestra familia, nuestros compañeros de trabajo, nuestros vecinos y la iglesia? ¿O nuestra influencia se ha debilitado porque hemos permitido que el mundo moldee nuestro carácter?

La oscuridad nunca vence a la luz; basta una pequeña luz para romper las tinieblas de una habitación. Del mismo modo, Dios puede usar la fidelidad de un solo cristiano para impactar una familia, una congregación o incluso una comunidad entera. No necesitamos ser famosos ni ocupar grandes posiciones; simplemente debemos permanecer fieles y dejar que Cristo sea visible en nosotros.

Cada día es una oportunidad para preservar lo bueno, anunciar la verdad y reflejar el carácter de Cristo. Que nuestra vida sea una evidencia tan clara del poder del evangelio que otros, al observar nuestra conducta, sean llevados a glorificar a nuestro Padre celestial.

“Vosotros sois la sal de la tierra. . . Vosotros sois la luz del mundo.” (Mateo 5:13-14) Que nunca perdamos nuestro sabor ni escondamos nuestra luz, sino que vivamos de tal manera que el mundo vea a Cristo reflejado en nosotros y Dios reciba toda la gloria.

©Dejando Que La Biblia Hable
- Ev. Jesús Muñoz